

30

San Andrés hace sesenta años (1930)

Autor: Señor Benjamín Moreno Torralbo
(Obtenido del libro de Armando Zabaráin y Vicente Martínez Emiliani eds. 1992. Costa 2000: evocación y destino de Caribe. Nuestro Mundo).

St. Andrews sixty years ago (1930)
Original written in Spanish by Mr. Benjamín Moreno Torralbo.
(Obtained from the book by Zabaráin, Armando and Vicente Martínez Emiliani, edited 1992. Costa 2000: Evocación y Destino del Caribe. Nuestro Mundo).
(*Evocation and Destiny of the Caribbean. Our World*)

Viaje a San Andrés

La bahía de las Ánimas, en Cartagena de Indias, es un amplio recodo de agua marina tersa y luciente, frente a las puertas de la celebrada villa. La goleta que hace la travesía a las islas de San Andrés y Providencia semeja una gaviota que reposa sobre el mar. El tráfico marítimo, activo movimiento de embarcaciones menores de barcos de río, lanchas a motor, remolcadores y canoas es pintoresco calidoscopio, en esa ensenada de la playa caribe, en la que Pedro de Heredia fundó a la hoy legendaria e histórica ciudad. Entre tanta nave moderna que sale y entra, la goleta es un anacronismo. En esa cáscara de nuez que no es otra cosa que una goleta, de suyo incómoda y arriesgada, corremos la aventura del mar.

En ese viaje me he vuelto escéptico, pienso que no es posible llegar al otro día, porque la isla de San Andrés es una fantasía geográfica que no ha existido nunca, y si alguna vez realmente existió, se la llevaron de donde estaba, pero en ningún caso nosotros llegaremos a ella. Estamos extraviados en el mar, es mi más íntima impresión.

Al amanecer nos ha sonreído el sol que asoma su cara rubicunda entre luces de tenues colores. A la difusa luz del día que nace, allá muy lejos, en los confines del mundo, oculta en el límite del cielo y el mar, como una nube ceniza, la isla remota es anunciada por la marinería.

Cuando pisamos tierra firme, entre los abrazos de los amigos que me dan una bienvenida, el vaivén de las olas sigue su ritmo en mi cabeza; un vago rumor de brisas marinas me zumba en los oídos y siento como el gemir del viento en los caracoles.

Lo que más apasiona a los isleños es el mar; la llanura indómita los atrae, los subyuga. Se sienten impelidos por ella. Por una especie de necesidad física, navegar es el sueño de todos. En el mar se sienten libres, dueños y soberanos de sus propias vidas, sin los compromisos enojosos que significan atenciones del mundo social.

Este nuestro mar del trópico es luminoso. Sus aguas, bruñidas por el fuego vivo del sol, se rompen contra el cinturón de roca del acantilado, y la espuma en fragmentos relucientes semeja opulento joyero de diamantes.

Los despreocupados y tranquilos moradores de las islas colombianas, cuando la brisa silba como un alarido y corre con violencia, como temerosa de asistir con retraso a la cita de la tragedia, y el cielo, de suyo claro y benigno, se ennegrece y descarga sus aguas con desesperación, y el mar ruge y la luz de los relámpagos con su resplandor siniestro encandila y atemoriza, se acogojan, y en las casas se vela y se ora, inquieto el ánimo y oprimido

el corazón. Días después, restablecida la calma, llegan las noticias, que en ocasiones son fatales: el mar se tragó a tal o cual goleta con todo su pasaje. Los que se salvan, arriban con las velas de sus embarcaciones destrozadas, el timón roto o perdido, los hombres de mar, fuertes como osos polares, agotados, hambreados.

Isleños e isleñas tienen como diversión favorita reunirse en grupos, y van a los cayos cercanos a merendar. Hacen la travesía de la bahía en botes de vela, se bañan en el mar, toman una fuerte dosis de sol y regresan muy complacidos a sus hogares. Todo el tiempo de tan ingenua distracción lo pasan tocando guitarra y cantando. A estos paseos los llaman *pic-nic*. Y todo parece indicar que se divierten bastante, a pesar de la muchas incomodidades. Es un esparcimiento barato y una variante del cotidiano vivir, lo que, posiblemente, es su mayor atractivo.

ST. ANDREWS SIXTY YEARS AGO (1930)

Trip to St. Andrews

The "Animas Bay" in Cartagena de Indias is a wide angle of smooth shinning marine waters, splendidly showing off itself just before the doors of the famous villa. The sail vessel that travels between the islands of St. Andrews and Providence resembles a seagull resting on the sea. The maritime traffic, active movement of minor river ships, canoes, motored and towing boats is a picturesque kaleidoscope on the small bay of that Caribbean beach where Pedro de Heredia founded this legendary and historic city. Among so many modern ships coming in and out of the bay, the sail vessel is an anachronism. In that nutshell, which is nothing more than just a small, uncomfortable and risky schooner, we began the sea adventure. In this trip, I have become a skeptic. I believe its impossible to arrive the next day because the island is a geographic fantasy that has never existed and if at some point it did, it was taken away from its place. Anyway, we will never reach it. We are lost at sea, and that's my most intimate impression. At sunrise, the sun has smiled at us showing its reddish face among dim multicolored lights. Through the diffused light of the burning day, far away in the lost horizons of the world, hiding between the limits of the sea and the sky like a grayish cloud, the remote island appears and it is announced by the sailors. When we stepped down on firm land, among the hugs of the friends that were welcoming me, the swinging of the waves maintaining their beat remained in my head. And a vague rumor of marine breezes is still ringing in my ears. Plus, I also feel the roar of the wind in the conch shells. Islanders are extremely passionate about the ocean. Its unruly evenness attracts and subjugates them, they feel compelled towards it by some sort of physical need. Navigating it is everyone's dream. In the sea they feel free, owners and rulers of their own life, without the hassles and commitments that the social world demands on firm land. Our tropical sea is luminous; its waters burnish by the sun's vivid fire, brake against the steep stone belt and the ocean's foam seems like tiny sparkling diamonds. The unworried and peaceful inhabitants of these Colombian islands change when the breeze whistles and sounds

scary and the sky that is usually so bright becomes dark and the weather seems to turn violent. Rain and thunders are present and the sea roars. People get inside their homes and afraid of disasters, they pray and light candles. Their heart shrinks and they feel restless. After the storm is over, everything is calm once more. News arrives and some are pretty bad and strong like, 'The ocean swallowed this or that sailing boat and all that it carried.' The survivors arrive with their torn sails and a broken steering wheel if any. The strong sea wolves, men of the sea, appear weak, hungry and exhausted. Islanders both men and women like to go and gather at the nearer cays for a meal. They sail on a ketch through the bay, bathe in the sea, enjoy the sun and return content to their homes. All the time during such a pleasant day, they play the guitar and sing. These small trips are called Pic-nic and everything seems to point out that they are very amusing yet not very comfortable. It's an inexpensive recreation and out of the daily routine which is its stronger appeal.

